

AVANCE DE UN ESTUDIO DEL TERRITORIO DEL BRONCE MANCHEGO

Preview of a Study of the Bronze Age Territory in La Mancha (Spain)

Antonio GILMAN*, María Dolores FERNÁNDEZ-POSSE** y Concepción MARTÍN**

* *California State University, Northridge*

** *Instituto del Patrimonio Histórico Español*

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 23-02-2002

BIBLID [0514-7336 (2000-2001) 53-54; 311-322]

RESUMEN: Se dan a conocer algunos de los resultados de un proyecto de investigación sobre el poblamiento de la Edad del Bronce en La Mancha Oriental cuyo objetivo es establecer las relaciones que mantenían los asentamientos entre sí y con sus recursos, a fin de detectar en ellos indicios de funcionalidades diferenciadas o jerarquización. Esto permitirá avanzar en el conocimiento de la economía política de las comunidades que ocuparon la Meseta sur, una de las zonas más prometedoras para la investigación de ese periodo en la península Ibérica.

Palabras clave: Prospección. Estudio territorial. La Mancha. Jerarquización de asentamientos. Economía política, Edad del Bronce.

ABSTRACT: An extensive systematic survey program was carried out in the eastern part of La Mancha to determine the relations of sites to each other to the productive resources in their vicinity so as to assess possible functional differentiation and site hierarchies. This work will contribute to a better understanding of the political economy of one of the most promising regions for research into the Bronze Age in the Iberian Peninsula.

Key words: Survey. La Mancha. Site hierarchy. Political economy. Bronze Age.

I

Una de las zonas peninsulares donde el conocimiento de la Edad del Bronce ha experimentado una considerable progresión es la Meseta Sur. En efecto, ha dejado por fin de ser considerada como una zona despoblada que, como mucho, era objeto de cortos avances por parte de grupos culturales vecinos, como el Bronce valenciano o la cultura argárica. Tal opinión pudo mantenerse en la bibliografía durante tantos años porque la precoz y brillante investigación sobre la prehistoria en el Levante y, sobre todo, en el Sureste obligaba

en cierto modo a poner en función de su información cualquier hallazgo de sus áreas limítrofes. De esta forma, pese a la existencia de algunas sugerentes noticias (Zuazo y Palacios, 1917; Sánchez Jiménez, 1947, 1948; Martínez Santa Ollala, 1951) y a la conocida presencia de potentes construcciones de piedra bien identificadas por las gentes de las provincias de Albacete y Ciudad Real como “morras” y “motillas”, éstas ni llegaron a ser bien interpretadas (p. e., Schüle y Pellicer, 1965) ni despertaron el interés de los investigadores que preferían concentrarse en zonas, como las citadas más arriba, donde el

registro arqueológico era ya mucho mayor y aparentemente más claro.

El punto de inflexión en el conocimiento de lo que hoy se conoce como Bronce Manchego se produjo ya entrados los años setenta con un programa de trabajo emprendido por la Universidad de Granada y, en concreto, por Trinidad Nájera Colino (1984). Esta investigadora fue quien planteó por primera vez la existencia de un nuevo complejo arqueológico al que denominó Cultura de las Motillas y dotó de las primeras cronologías. Las excavaciones granadinas en las motillas de El Azuer y Los Palacios (Nájera y Molina, 1977; Nájera *et alii*, 1977, 1979, 1981; Molina y Nájera, 1978) dieron a conocer la existencia de yacimientos de arquitectura compleja y secuencia larga y, al poner de relieve las posibilidades de investigación que ofrecía la Meseta Sur, atrajeron a otros equipos a la zona. En efecto, investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid tomaron pronto el relevo de los de la Universidad de Granada con excavaciones en las provincias de Ciudad Real (Nieto Gallo y Sánchez Meseguer, 1980; Colmenarejo *et alii*, 1987) y Cuenca (Galán y Poyato, 1979; Romero y Sánchez Meseguer, 1988), al igual que otros de la Universidad Complutense (Chapa Brunet y Martínez Navarrete, 1979; Martínez Navarrete y Valiente Cánovas, 1983; García Pérez, 1987). Estos trabajos, como los llevados a cabo por nosotros en El Quintanar y El Acequión (Martín Morales, 1983, 1984; Fernández-Miranda *et alii*, 1990, 1993, 1994; Fernández-Posse *et alii*, 1996) en la provincia de Albacete, aunque centrados en intensas y prolongadas campañas de excavación, permitieron comenzar a formarse una idea de las formas de ocupación de las comarcas en el entorno de los yacimientos excavados. Es más, se llegó a abrir una pronta discusión sobre los tipos de emplazamiento elegidos por sus habitantes y su significado (Martínez Navarrete, 1988). Otros investigadores comenzaron la labor de inventariar los yacimientos de forma más sistemática. En Cuenca, Díaz-Andreu García (1994) no sólo realizó ese trabajo sino que propuso la presencia de una sociedad muy jerarquizada y con una alta tensión política. En la comarca de Almansa se reunió asimismo un repertorio de yacimientos (Simón García, 1987), esfuerzo al que siguieron

excavaciones orientadas hacia un ensayo de explicación histórica (Hernández Pérez *et alii*, 1992).

Estas investigaciones arqueológicas (que hemos resumido sólo de forma parcial) han permitido en no más de quince años dar un vuelco a aquella imagen de la Meseta Sur como un territorio despoblado y marginal y de alguna manera han venido a fijar en la historiografía de su Edad del Bronce otra, totalmente contraria, de una gran densidad de asentamientos fortificados, con ocupaciones prolongadas y gran variedad de emplazamientos. Son precisamente esas características de sus yacimientos las que permiten plantear una visión de comunidades estables y duraderas (Castro Martínez *et alii*, 1996: 129-130), de estructura social compleja y organizadas en pequeñas jefaturas establecidas en poblados centrales, los más grandes y fortificados, que controlan y centralizan la producción (Chapman, 1990: 237-243; Díaz-Andreu García, 1994).

Desde los años ochenta, sin embargo, estos planteamientos, basados principalmente en consideraciones arquitectónicas, necesitaban ser ampliados. En concreto, para entender la aparición de este sistema de ocupación, hacía falta comprender su base económica. Las relaciones de intercambio a larga distancia documentadas en la presencia de cantidades apreciables de marfil contrastaba con la escasez de objetos metálicos. Por otra parte, aunque el registro obtenido en los yacimientos excavados dejaba claro que sus habitantes practicaban una agricultura mixta, no era igual de evidente que ésta hubiera experimentado una intensificación de la producción suficiente para que se produjera la posibilidad de su apropiación por un segmento reducido del grupo social. De la posible incidencia del control de otros recursos, como la sal, tampoco se sabía nada. En definitiva, era preciso establecer tanto la relación de los asentamientos con los recursos que necesitaban sus habitantes como la que esos asentamientos mantenían entre sí, a fin de detectar en ellos signos de jerarquización o funcionalidades diferenciadas que permitieran avanzar en el conocimiento de la economía política de las comunidades que los ocuparon, tal y como hemos planteado ya en trabajos preliminares (Martín *et alii*, 1993; Fernández-Miranda *et alii*, 1994; Gilman *et alii*, 1997).

II

Con tales objetivos comenzamos en 1988 un proyecto de investigación para documentar sistemáticamente todo el poblamiento de la zona norte de la provincia de Albacete, es decir, La Mancha oriental. El área seleccionada, obviamente artificial, es un rectángulo de aproximadamente 73 por 143 km (unos 10.000 km²) en cuyo centro se sitúa El Acequión (n.º 61), uno de los yacimientos excavados por nosotros y que, junto con El Quintanar (n.º 49), aportaban el necesario contexto funcional y cronológico. La zona seleccionada se corresponde con veinte hojas del MTN a escala 1:50.000 que sirvieron, de forma práctica, para establecer la base cartográfica de nuestro trabajo. Por otro lado, sabíamos que en el área de prospección partíamos de la existencia conocida de un cierto número de yacimientos en buen estado de conservación (con la excepción de algunas desapariciones bien documentadas, como las morras de Gorrineras y Balazote (n.º 111 y 113), destruidas en el curso de obras de infraestructura): algo que quedaba reflejado en el volumen de noticias sobre hallazgos en los archivos y materiales del Museo de Albacete y en las prospecciones que ya se habían realizado en la región (p. e., García Solana, 1966). Esos yacimientos más o menos conocidos acusaban, además, una interesante diversidad de tamaños y emplazamientos y lo hacían en un paisaje no excesivamente transformado (o cuyas transformaciones eran susceptibles de ser evaluadas y corregidas). Estas circunstancias permitían esperar que la relación entre emplazamientos y recursos agrícolas, que uno de nosotros (Gilman y Thornes, 1985) había estudiado en un proyecto anterior en el Sureste bajo la premisa de que cada poblado constituía una unidad independiente, podría ahora plantearse en esta nueva zona desde presupuestos más cercanos a la realidad: las relaciones sociales o políticas entre yacimientos se verían de alguna manera reflejadas en la intuida variabilidad de localizaciones y tamaños.

Para plantear esas cuestiones, sin embargo, se necesitaba tener la seguridad de que la distribución de los yacimientos que localizásemos en esa zona se correspondiera con la ocupación real en el pasado, o, dicho de otro modo, que las

concentraciones y los vacíos que se detectan en ella (Fig. 1) se debían al propio patrón de ocupación de las comunidades de la Edad del Bronce. De esta forma sometimos al área de estudio a un trabajo de prospección escalonado en varias fases entre los años 1988 y 1995.

La primera tarea fue localizar todos los yacimientos existentes. Para cumplir ese objetivo, que finalizamos en 1990, partimos de los modelos de emplazamiento, visibles estereoscópicamente en fotografía aérea, de los yacimientos ya conocidos, modelos que fueron buscados de forma sistemática en el vuelo de 1987 a escala 1:20.000 del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Este trabajo de teledetección dio un registro de unos 1.600 puntos con posibilidades de ser yacimientos, ya por tratarse de cerros aislados, promontorios, manchas circulares de coloración diferente o cualquier otro tipo de anomalía que pudiera corresponderse con una ocupación de la época que nos interesaba. A ellos se añadieron los frecuentes topónimos (morra, tesoro, encantada, moro, castillejo, castillico, etc.) y los vértices geodésicos que con frecuencia se asocian también a este tipo de yacimientos. Todos estos puntos fueron visitados e inspeccionados sobre el terreno, al igual que aquellos otros que habían podido pasar desapercibidos en el estudio de los fotogramas y que en el curso del trabajo sobre el terreno acusaran características interesantes¹. Tras este trabajo se confirmaron como yacimientos de la Edad del Bronce 272 de los aproximadamente 2.000 puntos visitados.

Evidentemente esos procedimientos se diseñaron con el fin de encontrar poblados de cierta envergadura, fortificados o situados en emplazamientos defensivos, es decir, el tipo de yacimiento característico tanto del Bronce manchego como del valenciano o el argárico. Las fotografías aéreas no permitían detectar la existencia de trazas de

¹ Tanto la teledetección a partir de los fotogramas como las observaciones sobre el terreno quedan facilitadas por el crecimiento de la vegetación diferenciada que caracteriza a los puntos donde existe relleno arqueológico contenido por muros y aterrazamientos: una tupida hierba, verde o amarillenta según la estación del año. En la provincia de Toledo un topónimo habitual de los yacimientos del Bronce es "montón de trigo" (Ruiz Taboada, 1993).

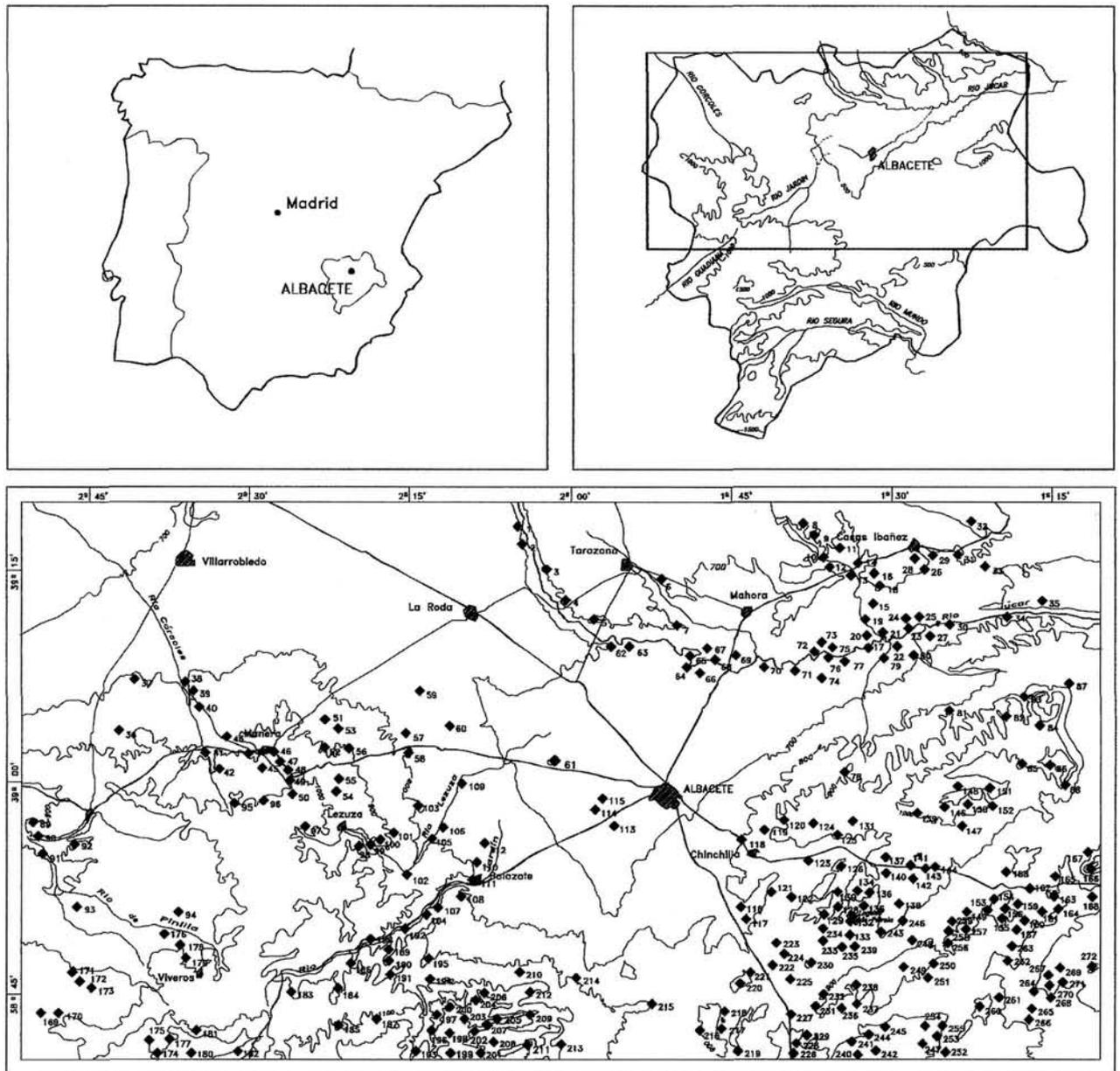


FIG. 1. Zona de estudio y mapa de dispersión de yacimientos de la Edad del Bronce.

“fondos de cabaña”, por ejemplo, tipo de yacimiento que tampoco suele ser visible sobre el terreno. Para determinar el margen de error de nuestra prospección que, por más que hubiera sido *exhaustiva*, no puede dejar de ser calificada como *extensiva*, recurrimos a la prospección *intensiva*

de seis áreas diferentes con una superficie total de 100 km². Para que funcionaran como una verdadera prueba, las elegimos con características claramente diferenciadas, fuera por ser zonas con un alto número de yacimientos documentados con anterioridad o, al contrario, inesperadamente

vacías, además de tener en cuenta algunas pautas generales de su distribución, en general orientada hacia los ríos. Los resultados de esta contrastación fueron bastante favorables para la fiabilidad general de la prospección. Solamente encontramos un yacimiento de tamaño relevante (Calzada de Vergara: Fig. 1, n.º 17) y algunos otros de extensión muy pequeña. Esto permite que podamos contar con que, dentro de los tamaños modestos propios de todos los yacimientos del Bronce de la Meseta sur, tenemos una muestra relativamente completa de los de extensión superior a 0,1 ha y representativa de los menores a ese tamaño².

En esta primera etapa de localización de yacimientos se llevó a cabo también una primera descripción y la recogida de materiales de superficie para su diagnóstico cronológico. En efecto, dentro de las variaciones lógicas de toda producción doméstica y local, las cerámicas corresponden al repertorio conocido de la época: las pastas son friables y cocidas a baja temperatura y sin atmósfera controlada; sus superficies son lisas, con ocasionales elementos decorativos plásticos como cordones, mamelones o bordes digitados; las formas son globulares o carenadas. También pueden recogerse elementos líticos (dientes de hoz, “choppers” de cuarcita, molinos). Este repertorio monótono no ofrece muchas posibilidades a la hora de pretender establecer subdivisiones cronológicas, pero la ausencia de materiales

característicos de épocas posteriores (como cerámica decorada de tipo Cogotas I) y la rareza de elementos considerados más antiguos (cerámicas de tipo Dornajos sólo se recogieron en tres de los yacimientos) permiten una atribución general a un Bronce “medio”.

Esta fase fue completada con una segunda campaña de campo durante los años 1991 y 1992. En ella se topografiaron todos los yacimientos a fin de poder disponer de datos sobre la superficie ocupada, la potencia del relleno arqueológico y la disposición exacta de las estructuras visibles sobre el yacimiento. Esta última circunstancia se da con bastante frecuencia, en algunos casos por las actividades de excavadores clandestinos, pero también porque los muros que contienen el depósito es lo primero que aflora por el efecto de la erosión natural.

De acuerdo con los objetivos planteados más arriba, el segundo bloque de documentación necesaria era aquella que permitiera relacionar el poblamiento con la distribución de los recursos más relevantes del territorio. Para ello partíamos con algunas circunstancias favorables, ya que la zona posee un clima y unos suelos relativamente uniformes y está sometida a una erosión moderada. Se trata, en efecto, de un paisaje de penillanura, con una altitud media de unos 700 m y cotas que sobrepasan los 1.000 en el borde meridional de la zona de estudio. Desde el punto de vista geológico es una depresión tectónica delimitada por sistemas montañosos plegados y recubierta de materiales sedimentarios continentales y formaciones lacustres. Su clima es de tipo mediterráneo templado, con un régimen pluviométrico anual de entre 300 y 600 mm, con considerables variaciones de unos años a otros. Su piso bioclimático de formaciones boscosas de pinares, encinares y sabinars sólo se conserva puntualmente, con amplias áreas transformadas por los extensos cultivos actuales, la incidencia del regadío y las actividades pecuarias. Esa imagen actual puede corregirse en parte mediante la utilización de la fotografía aérea del llamado “vuelo americano” de 1956-1957, sobre el que todavía no se reflejan los extensos regadíos alimentados por bombas que es el principal efecto de la modernización de la agricultura en la zona.

² Es evidente que no pretendemos haber recuperado el registro completo de los grandes yacimientos del Bronce que existieron hace 4.000 años en nuestra zona de estudio. Hay vagas noticias de algunos –la morra de Pozancos citada por Sánchez Jiménez (1948: 103), por ejemplo– que no hemos podido localizar. De no existir una excavación clandestina abierta en el Castillo de Rochafriada no hubiésemos podido confirmar una ocupación prehistórica en ese lugar y hay castillos similares en la zona donde no se han efectuado excavaciones incontroladas. En definitiva, nuestro método ha permitido documentar sistemáticamente los yacimientos que pueden detectarse mediante procedimientos tradicionales: de hecho, en las zonas donde ese tipo de investigación ya se había llevado a cabo –como en los términos municipales de Munera (García Solana, 1966) o Almanza (Simón García, 1987)– añadimos pocos yacimientos nuevos a los ya conocidos. Por lo tanto, la distribución de yacimientos que refleja la Figura 1 sólo es fiable en términos comparativos.

Nuestra cartografía básica han sido los Mapas de Cultivos y Aprovechamientos publicados a partir de 1970 a escala 1:50.000 por el Ministerio de Agricultura. Se revisaron teniendo en cuenta el citado vuelo del 1956-1957 y los datos históricos disponibles sobre la actividad agrícola realizada con un nivel tecnológico artesanal. Una vez seleccionados aquellos puntos o áreas de interpretación problemática se visitaron a fin de resolver las dudas. Este trabajo de campo se realizó en 1993 y 1995. Las revisiones nos condujeron a una simplificación de los tipos de aprovechamiento reflejados en la cartografía. De esta forma los usos del suelo se dividieron en tres categorías fundamentales: *monte*, *secano* y *regadío*. El regadío se restringió a aquellas zonas próximas a fuentes y cursos de agua permanentes donde ésta podía aprovecharse mediante obras sencillas. Las áreas de monte se consideraron cultivables o no según criterios topográficos: zonas de pendientes suaves hoy abandonadas se incorporaron al secano. Sin embargo, dentro de esta última categoría consideramos interesante realizar una división. De un lado, agrupamos los secanos de los interfluvios y las laderas y, de otro, las tierras de *cañada* (como se denominan en la zona). Se trata de terrenos planos del fondo de los valles que se cultivan como secano pero que reciben aguas y sedimentos de las pendientes circundantes, lo que permite cultivos de barbecho corto. Estas zonas se delimitaron sobre la base de los Mapas Geológicos, también a escala 1:50.000, del ITGE, donde aparecen como aluviones cuaternarios.

Para completar este mapa de recursos fueron también definidas las zonas lagunares y los puntos de agua (extraídos de cartografías especializadas), al igual que los trazados de las vías pecuarias tradicionales, proporcionados en este caso por los archivos del IGN y del Icona. Por otra parte se ha tenido en cuenta la necesaria corrección de la parte alícuota de estos recursos que corresponde a los yacimientos situados en los propios márgenes de nuestra zona de estudio, ampliando el análisis del territorio 10 km donde fue necesario.

Todo este proceso en relación a los recursos agrícolas (donde lógicamente se ha centrado nuestro interés) no permite una reconstrucción positiva, ni siquiera de forma potencial, de los

que las comunidades hace 4.000 años tenían a su disposición, pero sí llega a tener un nivel de fiabilidad suficiente para ser utilizada en términos comparativos entre los territorios en torno a los yacimientos y entre unas áreas y otras.

III

El tratamiento de esta información ha sido ya realizado en la mayor parte de los datos (la realización de los planos topográficos de los yacimientos, el establecimiento de sus intervisibilidades, el dibujo y estudio de los materiales obtenidos en prospección) y está muy avanzada en otros (la incorporación de todos ellos a un Sistema de Información Geográfica [GIS]). Podemos, por lo tanto, avanzar algunas conclusiones preliminares sobre toda esa documentación.

Quizás resulte interesante examinar en primer lugar los tipos de yacimientos. Se dividen fundamentalmente en dos categorías: 1) Las *morras* son yacimientos dotados de muros defensivos de forma aproximadamente circular. Estas estructuras han protegido de la erosión los niveles de ocupación por lo que adoptan en la actualidad formas cónicas. 2) Los *poblados* (o castillejos) son yacimientos que ocupan plataformas o mesas o se aterrazan sobre laderas. Algunos presentan muros de cierre o estructuras defensivas, pero en general están protegidos por su emplazamiento en puntos relativamente altos. Su relleno arqueológico está formado por depósitos tipo "tell", aunque en el caso de las ocupaciones en ladera esos depósitos han resistido la erosión gracias a los fuertes banales de sus terrazas. Algunos poblados presentan también (generalmente en uno de sus extremos) una estructura tipo morra. A estos dos tipos hemos añadido un tercero, más bien de carácter residual, las *instalaciones*, yacimientos de reducidas dimensiones con algo de material en superficie pero sin estructuras visibles o acumulaciones de depósito apreciables.

Esta clasificación, que no deja de seguir la ya establecida por Martínez Navarrete, es claramente morfológica. Dejando a un lado las instalaciones, el que pertenezcan a un tipo o a otro nada tiene que ver con el tamaño de los yacimientos. Es decir, las morras más pequeñas repiten la estructura y forma de los muros de cierre de las más grandes (Fig. 2): dicho de otra forma,

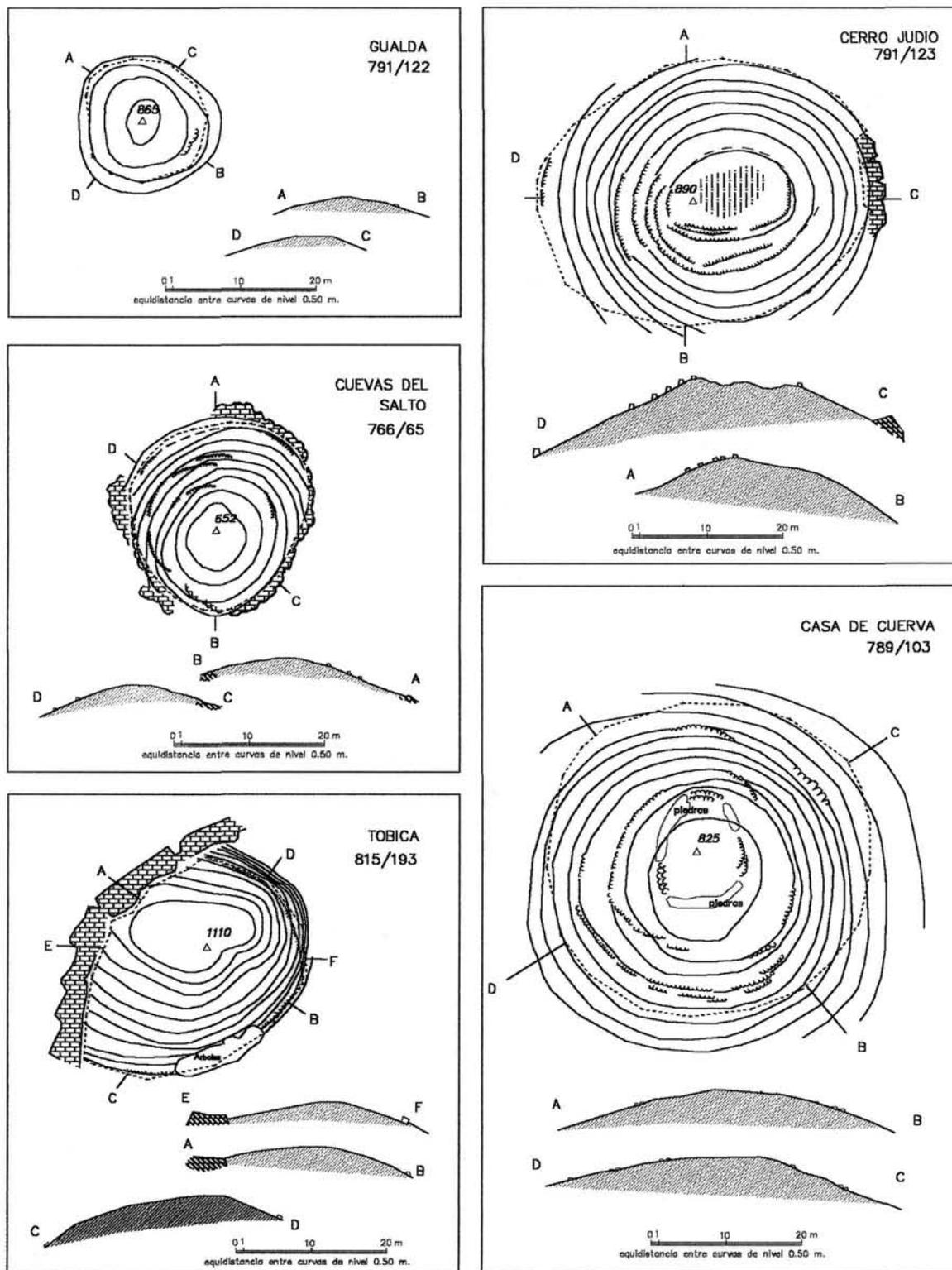


FIG. 2. Algunos yacimientos del tipo denominado "morras".

están igual de fortificadas. De igual modo, aquellos poblados en cerro que presentan o no estructuras defensivas las poseen o carecen de ellas con independencia de su tamaño (Fig. 3): coexisten aldeas de cierta extensión con pequeños establecimientos (granjas aisladas) y ambas pueden estar fuertemente fortificadas. Tampoco se aprecian diferencias evidentes en el tipo de material recogido entre morras y poblados. No parece evidente, por lo tanto, que haya diferencias funcionales entre unos y otros.

Esto también se observa en la ubicación de los yacimientos. Nuestro análisis mediante el GIS de la relación entre yacimientos y recursos todavía no está finalizado, pero los resultados preliminares muestran una cierta uniformidad. Un 90% de los yacimientos se sitúan en alto, sobre cerros o espolones rocosos, muchos de ellos protegidos por fuertes cortados. Un 70% de los lugares tienen fácil acceso a las tierras situadas en los márgenes de cursos de agua permanentes o a esas cañadas de aluviones fértiles. No hay diferencias significativas entre morras y poblados, ni entre yacimientos grandes y pequeños, en cuanto a su proximidad al agua (Fernández-Posse *et alii*, 2000: 229)³.

Es importante destacar lo relativo que resulta en el contexto de nuestro estudio hablar de yacimientos grandes y pequeños. El yacimiento más grande de toda la zona de estudio es la morra de Cola Caballo (n.º 129) que, incluyendo la zona de poblado que posee *extra muros*, mide poco más de una hectárea. Por su parte, el poblado y morra de Dehesa de las Carnes (n.º 108), el yacimiento más grande de la cuenca del río Jardín, mide 3.600 m². El mismo Acequión, con 2.300 m², apenas llega a entrar en el grupo de una docena de yacimientos que superan 0,2 ha⁴. La extensión media de los yacimientos que

documentamos es, por contraste, 600 m². Con 660 m², El Cuchillo (n.º 162), excavado por Hernández Pérez *et alii* (1994), es por tanto un yacimiento relativamente modesto. En todo caso, lo que queda claro es que la gama absoluta de tamaños es demasiado reducida para poderse interpretar por sí misma como una manifestación de diferencias políticas y sociales. El poblamiento de La Mancha⁵ en la Edad del Bronce oscila pues entre aldeas y granjas (ambas fortificadas o situadas en posiciones defensivas). El limitado número de habitantes que pudieron albergar los yacimientos mayores sugiere que la lucha por el poder nunca debió alcanzar éxitos duraderos.

Obviamente calificar y catalogar un yacimiento como “grande” depende no sólo de su tamaño en horizontal sino también de su potencia en vertical. Los nada escasos yacimientos con depósitos de más de dos metros son con evidencia ocupaciones prolongadas que estuvieron activas durante una buena parte de los 750 años (Fernández-Posse *et alii*, 1996) que duró el período que estudiamos. La relativa uniformidad del material cerámico procedente de la excavación de secuencias estratigráficas conocidas (véase, p. e., García Pérez, 1987) y la parquedad absoluta de otros elementos con posibilidades diagnósticas en los materiales recogidos en la superficie de los yacimientos prospectados complica, sin embargo, la interpretación de los yacimientos de menor potencia. Evidentemente todas las instalaciones (un 12% de los yacimientos documentados) representan ocupaciones breves y lo mismo puede decirse de casi el 30% de las morras y los poblados que, en nuestra evaluación, tienen un metro o menos de potencia. Entre este centenar de pequeños yacimientos y la veintena de aquellos de relativo gran tamaño se encuentra la mayoría de los yacimientos documentados en nuestra prospección, lugares en apariencia similares a los más grandes en sus emplazamientos y características morfológicas, pero a menor escala, aunque también podrían

³ Estas preferencias por emplazamientos defensivos y acceso a tierras con posibilidad de cultivo intensivo explica las grandes lagunas que se aprecian en la distribución del poblamiento. Donde no existía ni lo uno ni lo otro, no se daban las condiciones que hubieran provocado ocupaciones prolongadas, aquellas que producen las fuertes acumulaciones de depósito que nuestro método permite reconocer.

⁴ El tamaño más bien discreto de los “grandes yacimientos” de nuestra zona es perfectamente representativo

del Bronce Manchego en general. La motilla del Azuer mide aproximadamente 2.000 m², por ejemplo.

⁵ Estas pautas las comparte con el Bronce valenciano (p. e., Jover Maestre y López Padilla, 1999).

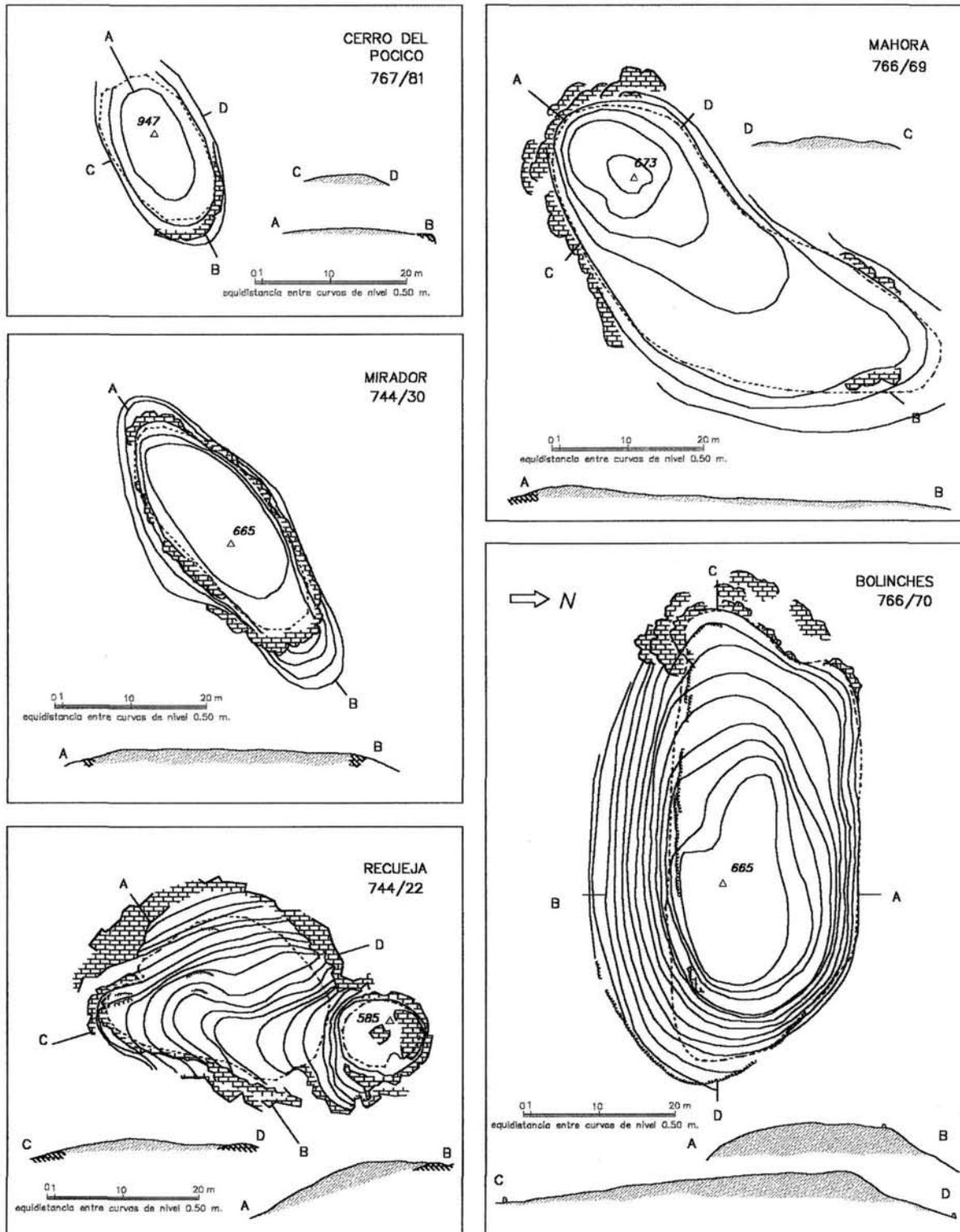


FIG. 3. Algunos yacimientos del tipo denominado "poblados" o "castillejos".

haber sido establecimientos independientes, unidades sociales escindidas que no consiguieron perdurar.

IV

Nuestra investigación se diseñó para aportar datos pertinentes a la hipótesis histórica predominante de que el Bronce Manchego estuvo organizado en pequeñas jefaturas con centro en los grandes yacimientos fortificados: “el tipo de sistema de fortificación... sugiere la existencia de una sociedad jerarquizada, cuyos grupos dominantes quizás residieran en el interior de los recintos defensivos” (Nájera *et alii*, 1979: 37); en el Bronce Manchego “we seem to be witnessing the operation of a regional system of production organisation and control... along with its centralisation in the hands of a social hierarchy” (Chapman, 1990: 242). Esta visión señorial del paisaje político del Bronce Manchego se apoya en los rasgos más importantes de los principales yacimientos excavados: su carácter aparentemente encastillado, la importación de objetos de valor (marfil, metal) en algunos de ellos, la existencia de almacenamientos de granos en otros, etc. Dentro de este esquema los yacimientos pequeños e intermedios de la zona se interpretarían como dependencias, quizás con funciones especializadas, de los lugares de mayor importancia.

La visión de conjunto proporcionada por nuestra prospección sugiere otra posibilidad, sin embargo. Las diferencias entre yacimientos grandes, medianos y pequeños podrían reflejar, no una jerarquía social, sino el éxito y la duración diferenciada de los grupos de parentesco, más o menos extendido, que los ocuparon. Desde ese punto de vista todos los yacimientos comenzarían siendo relativamente pequeños, pero los ocupantes de algunos de ellos tendrían mejor fortuna en su competencia con los rivales, conseguirían atraerse a un número mayor de partidarios, y, con el tiempo, aumentarían de tamaño, mientras que otros grupos fracasarían. Esta hipótesis segmentaria, y no señorial, explicaría por qué los yacimientos pequeños tienen los mismos rasgos morfológicos que los grandes y concordaría con otros aspectos del registro, como la

escasez de objetos de valor y la poca diferenciación de los ajueres funerarios.

Es bien cierto que para contrastar estas dos interpretaciones históricas se tendrían que comparar las actividades desarrolladas y el consumo de bienes en los yacimientos de mayor y en los de menor escala. Si la interpretación jerárquica fuese la acertada las actividades desarrolladas en yacimientos de diferentes tamaños serían también diferentes en varios aspectos y esto se reflejaría en el registro arqueológico recuperado. Se podría esperar, por ejemplo, que en contextos deposicionales equivalentes:

- La proporción de la fauna perteneciente a especies domésticas explotadas por sus productos secundarios (Harrison y Moreno López, 1985), caballos y bueyes, sería mayor en los yacimientos grandes, ya que los habitantes ejercerían un dominio sobre los medios de producción.
- Las vasijas de almacenamiento tendrían mayor capacidad y aparecerían en mayor número en los yacimientos mayores ya que sería en ellos donde se acumularían los excedentes obtenidos de los productores primarios.
- La proporción de molinos y dientes de hoz sería mayor en los yacimientos más grandes ya que actuarían como centros de consumo de cereal, mientras que las dependencias, de menor tamaño, serían centros de su producción.
- El número de artefactos destinados a la producción artesanal (moldes de fundición o pesas de telar, por ejemplo) sería mayor en los yacimientos grandes, ya que esta producción estaría controlada por las élites.

Evidentemente, la interpretación segmentaria quedaría apoyada por resultados inversos a los señalados para los índices propuestos (y de algunos más que pueden plantearse con el mismo objetivo). El desarrollo de proyectos de excavación orientados a dilucidar la producción y el consumo diferenciados en yacimientos de diferentes escalas y características debería ser una de las prioridades de la investigación futura del Bronce Manchego.

Bibliografía:

- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. British Archaeological Reports International Series, vol. 652. Oxford: Tempus Reparatum.
- CHAPA BRUNET, T. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1979): "Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en Cervera del Llano (Cuenca)". En *Actas, XV congreso nacional de arqueología, Lugo 1977*, pp. 183-196.
- CHAPMAN, R. (1990): *Emerging complexity: The later prehistory of south-east Spain, Iberia and the west Mediterranean*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COLMENAREJO HERNÁNDEZ, R.; GALÁN SAULNIER, C.; MARTÍNEZ PEÑARROYA, J. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1987): "La 'motilla' de Santa María del Retamar (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)", *Oretum*, 3, pp. 79-108.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. (1994): "La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca". En *Arqueología Conquense*, vol. 13. Cuenca: Diputación de Cuenca.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A. y MARTÍN, C. (1994): "La Edad del Bronce en la Mancha oriental". En *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha: Actas del simposio, 1990*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 243-287.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; y MARTÍN, C. (1990): "Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de 'El Acequión' (Albacete)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 20, pp. 351-362.
- (1993): "La Edad del Bronce en la zona oriental de La Mancha: El Acequión". En *El Acequión (Albacete) y El Tolmo de Minateda (Hellín): Síntesis de las investigaciones*. Albacete: Museo de Albacete y Diputación de Albacete, pp. 7-27.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A.; LOETZERICH, R. M. y MARTÍN, C. (2000): "Una aportación al estudio de los patrones de asentamiento durante la Edad del Bronce en la Mancha Oriental". En *Actas, 3.º congreso de arqueología peninsular, UTAD, Vila Real, setembro de 1999*, vol. 4: *Pré-história recente da Península Ibérica*. Editado por Primitiva Bueno, João Luís Cardoso, Margarita Díaz-Andreu, Víctor Hurtado, Susana Oliveira Jorge, & Vítor Oliveira Jorge. Oporto: ADECAP, pp. 225-234.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A. y MARTÍN, C. (1996): "Consideraciones cronológicas sobre la Edad del Bronce en La Mancha". En *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*. Editado por M.ª Ángeles Querol y Teresa Chapa. Madrid: Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, pp. 111-137.
- GALÁN, C. y POYATO, C. (1979): "Excavaciones en 'Los Dornajos', La Hinojosa (Cuenca)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid*, 5-6, pp. 71-79.
- GARCÍA PÉREZ, T. (1987): "La motilla de Los Romeos, Alcázar de San Juan (Ciudad Real)", *Oretum*, 3, pp. 109-65.
- GARCÍA SOLANA, E. (1966): "Yacimientos arqueológicos de Munera (Albacete) y sus alledaños", *Saitabi*, 16, n.º 77-90.
- GILMAN, A.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y MARTÍN, C. (1997): "Preliminary report on a survey program of the Bronze Age of northern Albacete province, Spain". En *Encounters and transformations: The archaeology of Iberia in transition*. Editado por Miriam S. Balmuth, Antonio Gilman y Lourdes Prados-Torreira. Monographs in Mediterranean Archaeology, vol. 7, 33-50. Sheffield: Sheffield Academic Press.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B. (1985): *Land-use and prehistory in south-east Spain*. London: George Allen & Unwin.
- HARRISON, R. J. y MORENO LÓPEZ, G. (1985): "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios", *Trabajos de Prehistoria*, 42, pp. 51-82.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S.; SIMÓN, J. L. y LÓPEZ MIRA, J. A. (1994): *Agua y poder: El cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete), excavaciones 1986/1990*. Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- JOVER MAESTRE, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (1999): "Caracterización del patrón de asentamiento en la cuenca del río Vinalopó (Alicante) durante el II milenio ane". En *Actas, XXIV congreso nacional de arqueología, Cartagena 1997*, vol. 2, pp. 241-249.
- MARTÍN MORALES, C. (1983): "Las fechas del Quintanar (Munera, Albacete) y la cronología absoluta de la Meseta sur". En *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, vol. 2. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 23-35.
- (1984): "La morra del Quintanar", *Al-Basit*, 15, pp. 57-73.
- MARTÍN, C.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y GILMAN, A. (1993): "The Bronze Age of La Mancha", *Antiquity*, 67, pp. 23-45.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1988): "Morras, motillas y castillejos: ¿unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en la Mancha?". En *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, pp. 81-92.

- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y VALIENTE CÁNOVAS, S. (1983): "El Cerro del Castillejo (La Parra de las Vegas, Cuenca)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 16, pp. 59-223.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1951): "El 'crannog' de la laguna de Acequión en la provincia de Albacete", *Anales del Seminario de Historia y Arqueología de Albacete*, 1, pp. 5-12.
- MOLINA, F. y NÁJERA, T. (1978): "Die Motillas von Azuer und Los Palacios (Prov. Ciudad Real): Ein Beitrag zur Bronzezeit der Mancha", *Madridrer Mitteilungen*, 19, pp. 52-74.
- NÁJERA COLINO, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha occidental*. Tesis doctorales de la Universidad de Granada, vol. 458. Granada: Universidad de Granada.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F.; TORRE, F. de la.; AGUAYO, P. y SÁEZ, L. (1979): "La motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), campaña de 1976", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, pp. 19-47.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. (1977): "La Edad del Bronce en La Mancha: Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, pp. 251-82.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F.; AGUAYO, P. y MARTÍNEZ, G. (1981): "La motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), campaña de 1981", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 293-306.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F.; AGUAYO, P. y SÁEZ, L. (1977): "Excavaciones en la 'motillas' del Azuer y Los Palacios (Ciudad Real)". En *Actas, XIV congreso nacional de arqueología, Vitoria 1975*, pp. 503-514.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El cerro de La Encantada, Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*. Excavaciones Arqueológicas en España, vol. 113. Madrid: Ministerio de Cultura.
- RISCH, R. (1998): "Análisis paleoeconómico y medios de producción lítica: El caso de Fuente Alamo". En *Minerales y metales en la prehistoria reciente: Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*. Editado por Germán Delibes de Castro. *Studia Archaeologica*, vol. 88. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 105-154.
- ROMERO, H. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): "El cerro del Cuco o de la Coronilla: Un yacimiento del área suroriental de La Mancha". En *Actas, I congreso de historia de Castilla-La Mancha*, vol. 2: *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*. Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 335-342.
- RUIZ TABOADA, A. (1993): "Producción y explotación económica en las estribaciones nororientales de los Montes de Toledo durante la Edad del Bronce", *Complutum*, 4, pp. 311-20.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1947): "La cultura del Algar en la provincia de Albacete". En *Actas, III congreso arqueológico del sureste español, Murcia 1947*, pp. 73-79.
- (1948): "La cultura algarica en la provincia de Albacete: Notas para su estudio". *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 23, pp. 96-110.
- SCHÜLE, W. y PELLICER, M. (1965): "Prospección de Manzanares", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7, pp. 75-76.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1987): *La Edad del Bronce en Almansa*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.
- ZUAZO y PALACIOS, J. (1917): "Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)". En *Asociación española para el progreso de las ciencias, congreso de Sevilla*, pp. 21-32.